

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA: JESÚS, MARÍA Y JOSÉ
Homilía del P. Lluís Planas, monje de Montserrat
30 de diciembre de 2018
1S 1, 20-22.24-28 1Jn 3, 1-2.21-24 Lc 2, 41-52

Estos días de fiestas, hay una costumbre bastante extendida en que las familias nos invitamos para celebrar juntos una comida, a menudo espléndida. Algunos, incluso, tienen problemas de agenda para poder ir a casa de unos y otros. Pienso que es bonito. Hay un deseo de compartir buenos sentimientos. A veces no se consigue del todo porque el estado de ánimo de unos puede que no acaba de congeniar con el de los otros comensales. Estas comidas forman parte de una tradición que nadie quiere perder. Pero ¿qué sentido tienen? Seguramente que las respuestas pueden ser muy variadas. Con todo nos conviene no perder de vista que, para el cristiano, el sentido más profundo de estas comidas está arraigado en la celebración de la Navidad.

Celebramos al Emanuel, celebramos desde la fe que Dios está con nosotros, celebramos con agradecimiento que Dios se ha encarnado, celebramos que Jesús en comunión con el Padre se hace hermano nuestro. No nos podemos quedar sólo en las celebraciones y pienso que estas convicciones deben traducirse en nuestra vida. Es por ello que nos conviene tener bien presente la respuesta personal que cada uno debe dar sobre quién es Jesucristo para mí.

Hoy, se nos propone que nos fijemos en la familia, partiendo del modelo que representan Jesús, María y José. Sabemos que el entorno familiar, para la mayoría de hombres y mujeres, ha sido esencial para nuestro crecimiento hacia la madurez. Hemos hecho camino empezando por el momento más débil de nuestra vida: el propio nacimiento; es el mismo que hemos visto en Jesús, en Belén. ¡Y el crecimiento no ha venido sólo gracias al alimento material! Hemos empezado a hablar y aprender el valor de las palabras. Cómo su significado nos abría la posibilidad de relacionarnos, y con la relación ha aparecido el afecto; a medida que íbamos creciendo nos hemos ido insertando en una sociedad que se expresa de una manera determinada y que ha construido una cultura también determinada. Muchos hemos tenido la suerte de que en nuestro entorno, tal vez el padre, la madre, los abuelos, casi siempre gente mayor de nuestro alrededor, nos han descubierto las puertas de la fe, que nos han hablado de Aquel a quien llamamos Dios y nos han transmitido que nos podemos relacionar de una manera tal vez misteriosa pero también personal y única.

Y este Dios se manifiesta en Jesús. Y Jesús como uno más, se ha convertido profundamente en hermano que ha revelado al Padre, hasta el punto de decir: «que me ha visto a mí, ha visto al Padre». Hemos descubierto, escuchando su mensaje, la importancia de abrirnos a la fe en todo lo que hacía y hace, y siempre con la envoltura del amor. Y el Amor la tenemos que escribir en mayúsculas, porque ha sido por amor que Dios nos ha regalado el sentido de la vida, y el sentido de la muerte.

Hoy, en el Evangelio, se nos ha dicho que María conservaba todos los recuerdos de la vida de Jesús en su corazón. Así también nosotros, siguiendo y escuchando a Jesús, y dejando que su palabra fecunde nuestra vida, podemos entender el sentido de la vida y de la muerte de Jesús, así como el sentido de nuestra vida y de nuestra muerte.

Es en este entorno de crecimiento que decimos que la familia es iglesia doméstica, porque tenemos que aprender a compartir lo que somos; cada uno debe dar lo que ha descubierto, y acoger con interés lo que ha descubierto el otro. No puede haber nadie en el hogar de una familia que me sea indiferente. Sabemos de las debilidades, sabemos de las ilusiones, y de los fracasos, sabemos de las heridas personales y

sabemos de las curaciones. Es el primer lugar donde aprender a perdonar y a ser perdonado. A ser aceptado incondicionalmente al tiempo que invitado a vivir coherentemente con rectitud; es el mejor lugar para experimentar el consuelo de la misericordia. En estas comidas, ojalá que sepamos comunicar, humildemente, sencillamente, lo que hemos visto y oído. La familia se nutre de lo que cada miembro aporta en casa y que ha descubierto como bueno y como malo; porque de cada aportación aprenderemos a hacer un discernimiento y así imitar a Jesús en su relación con los discípulos.

El evangelio de hoy nos ha recordado que Jesús, María y José fueron a Jerusalén para celebrar la pascua. ¿Qué celebraban?: que Dios había liberado el pueblo de Israel del yugo de Egipto. Y Jesús empieza a ejercer su libertad: ya tenía más de 12 años, porque se creía que más allá de los 12 años ya eras responsable del seguimiento de la Ley de Dios. A la familia le cuesta comprenderlo, de ahí el reproche que le hacen. La respuesta de Jesús ya les hace darse cuenta que empieza su libertad. El evangelio de San Lucas nos hace ver que estas palabras « ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía estar en las cosas de mi Padre?». Son las primeras palabras que Jesús pronuncia. Son palabras de comunión. ¿Qué significan para nosotros?

Que la comida de la Eucaristía nos ayude también a crecer, con Jesús, en entendimiento y ganar el favor de Dios y de los hombres.